

LA REBELIÓN DE JUDAS

RELATO

I

-¡Que no y que no! ¡Este año, no! aseguró Clemente el tasquero, sacudiendo enérgicamente la cabeza a diestra y siniestra.

Germán, alcalde pedáneo del lugar, abandonó por un momento la lectura de las cuartillas que tenía delante, se pasó una mano por el cogote, resopló lentamente y levantó la vista hacia el techo como requiriendo de las alturas una buena ración de la paciencia que ya empezaba a agotársele. En esos momentos, la Casa de Cultura bullía de actividad: aquí, un grupo de muchachos lustraba las espadas, los cascos emplumados y las musculadas corazas de los legionarios; allá, un par de mujerucas repasaban y planchaban las túnicas de los apóstoles; acullá, una cohorte mixta de paisanos y paisanas ensayaba sus papeles en la representación...

-Pero vamos a ver, Clemente... -repuso el regidor-, tú siempre has hecho de Judas Iscariote, ¿por qué este año no? ¡No tenemos a nadie más, coño!

-¡Porque ya estoy harto de ser el malo de la película! Ya son muchos años haciendo de traidor. ¿Por qué no puedo ser cualquier otro apóstol, o el de Arimatea, o..?

-O la Magdalena, no te fastidia... -interrumpió Germán- Tú eres el Iscariote, Clemente, todo el mundo lo sabe, y nadie lo va a hacer mejor que tú a estas alturas. Mírame a mí; tampoco hacer de Pilato es un plato de gusto, y lo mismo se puede decir de Anás, Caifás y todos los del sanedrín.

-No es lo mismo, no es lo mismo... Todos esos personajes son enemigos de Jesús de principio, pero Judas... Judas es un traidor, un miserable que abusó de la cercanía, de la confianza del Maestro para perpetrar su crimen, un indeseable.

-Venga, Clemente, no me "Judas"- argumentó el alcalde, intentando banalizar un poco la situación-; te prometo que para el año que viene busca-

mos a otro, pero ahora... ahora es un poco tarde ya.

Todavía duró un rato el rifirrafe dialéctico entre el pedáneo y el tasquero, antes de que el primero convenciera al segundo y pudiera reanudar el estudio de su papel de cónsul romano, que le traía por la calle de la amargura; nunca se le había dado bien memorizar, lo suyo, como buen político, era la improvisación. Clemente, a regañadientes, abandonó la casa de cultura y regresó a su bar. La verdad es que el cantinero estaba harto de que su interpretación anual del mal apóstol, en el Vía Crucis popular, trascendiera los límites temporales de la Semana Santa y acabara por empaquetar toda su cotidiana actividad. Cierro es que su mirar torvo, desarrollado y amaestrado durante largos años tras la barra intentando imponer respeto y freno a borrachos y alborotadores, y la profunda cicatriz de

su mejilla izquierda, recuerdo de una infortunada mediación en una reyerta, le conferían un aspecto hosco y mal encarado, la apariencia que todo el mundo esperaba en un Judas, pero ya empezaban a colmar su paciencia las chanzas y chascarrillos de sus vecinos a cuenta de su sempiterno rol de traidor.

-¿Qué te debo, Clemente? -soltaba el gracioso de turno, guiñando un ojo a sus contertulios- ¡No me lo digas, no! ¿Treinta monedas?

Y todos se partían el pecho a reír, ignorando los improperios del tasquero.